
Ni en la Vida ni en la Muerte

Silverio Lanza

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 7345

Título: Ni en la Vida ni en la Muerte

Autor: Silverio Lanza

Etiquetas: Novela corta

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 9 de enero de 2022

Fecha de modificación: 9 de enero de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Convencidos de que Dios se hizo hombre, pretenden los hombres hacerse dioses. Mal oficio

Personajes

(Retratos del natural)

Licurgo Redondo, *juez de delitos*.

Pío de la Cruz, *cura párroco*.

Bienvenido González, *(el inocente)*.

La familia Prada.

Un sepulturero que no habla.

Un tabernero, un polizonte, gentes del pueblo, y otros personajes que ni son del pueblo ni son gentes.

Se figura la acción en Villaruin, población próxima a Granburgo (capital de la Atargea), en el siglo XX del cristianismo, durante la dominación de las llamadas razas cultas.

Don Ligurco Redondo

(Juez de delitos)

Se le llama también juez de preparación o, como decía el presidente de un tribunal de apelación, «el juez de los primeros pasos», y en una procesión de Semana Santa envió al nominado detrás del Cristo amarrado a la columna, porque «usted me va inztruyendo este procezo y yo iré a la cola con él cabirdo para zentenciar con arreglo a justicia».

Cuando algún comerciante es presumido se dice que el tal se ha tragado la vara de medir: pues bien, el juez de delitos de Villaruin se ha tragado la vara de la justicia. Se la ha tragado porque anda más estirado que un pino. Se la ha tragado y le ha producido una indigestión.

Afortunadamente sólo se ha tragado la vara; otros se comen la justicia y engordan. El juez de Villaruin está para cebar; y el descaro con que asoman los huesos por debajo de la piel hace honor a la probidad de tan digno sacristán de Themis.

¡Pobre iluso!

Antes de tomar posesión de la plaza, se presentó al jefe del negociado de Derecho del Interior, y el alto funcionario le dijo:

—Usted dirá.

—Soy el juez de delitos nombrado para Villaruin.

—Está bien.

—Y vengo a despedirme de Vuecencia.

—Está bien.

—Mañana salgo para mi destino.

—¡Ah! mañana... y, ¿a dónde va usted?

—A Villaruin.

—A Villaruin, está bien. ¿Por permuta?

—No, señor; obtuve plaza en las últimas oposiciones, y...

—Está bien... Pues me felicito, señor mío, por las grandes responsabilidades que sobre mí pesan, y me felicito en nombre de la administración de justicia de que ésta se halle representada en... ¿dónde ha dicho usted?

—Villaruin.

—Está bien... en Villaruin por persona tan dignísima como usted y de quien tengo tan buenos antecedentes.

—Mil gracias.

—Nada de eso. Estoy muy descontento de la gestión judicial en... en... Villaruin; y yo espero que usted ha de resolver los expedientes que hay acumulados, y no ha de defraudar las esperanzas que en usted tenemos puestas desde su brillante ingreso en la carrera a que todos nos honramos en pertenecer.

—Muchas gracias... Puedo a usted asegurar...

—Está bien. No le digo a usted que se siente porque querrá usted tomar el exprés del Norte.

—No, señor; salgo en el correo del Sur.

—¿Sí?

—Villaruin está en la provincia Central.

—Ya, ya lo sé; pero creí que... está bien.

—Pues, con el permiso de Vucencia...

—Nada de tratamiento. ¿Su gracia de usted?

—Licurgo Redondo.

—¡Ah!, ¿es usted Licurgo?

—Sí, señor; como mi padre.

—Pues no decreta usted el reparto de la propiedad. Villaruin no está en Esparta.

—No, señor; está en la provincia Central.

—Lo sé, lo sé... está bien. Gutiérrez, abra usted la puerta.

—A las órdenes de usted.

—No le digo a usted nada. Nosotros somos dos compañeros.

—Mil gracias.

—Vaya usted con Dios.

(Desde la puerta)

—Servidor de usted.

—Beso a usted su mano.

El jefe de negociado no supo ni sabe dónde está Villaruin, ni dónde está don Licurgo Redondo. Recibe diariamente treinta o cuarenta visitas semejantes a la descrita, y sólo se ocupa de conservar su lucrativo puesto, adular al Ministro y engañar a su mujer (la del jefe).

Pero el juez novato toma el correo del Sur, llevando en su cabeza más humo que el que despide la locomotora, haciendo caminar a su imaginación más rápida que el tren, y exponiéndose a lo que se exponen los trenes rápidos: a parar de pronto en el fondo de un precipicio.

Un carnero atravesado en la vía y un cacique atravesado en el juzgado hacen desviar de su camino a un mixto y a un exprés; a un *juez de primeros pasos* y al presidente del inapelable tribunal de lo contencioso y finiquito.

Le asustan las *graves responsabilidades que sobre él pesan*; le llenan de orgullo los *buenos antecedentes* que acerca de su eximia persona tiene el

jefe del negociado; medita por qué éste estará *descontento de la gestión judicial en Villaruin*, y se propone no jugar y beber como su antecesor y ser casto como el único rey de España a quien se llamó casto y que tampoco fue casto.

Reflexiona sobre lo que es y se asombra considerando que aquel Licurguillo que cometió en su casa y en su pueblo hurtos y ataques al pudor sea ahora el encargado de hacer justicia y distribuir el derecho entre los humanos.

Piensa que para proceder es necesario conocer del delito, y teme que muchos queden impunes. Que para condenar es preciso conocer al reo, y que es muy difícil conocer a un hombre. Quisiera saber todos los idiomas, y todas las leyes, y antropología, y biología, y etnología; y quisiera investigar todas las conciencias y adivinar todos los pensamientos, y quisiera ser Dios para poder ser justo.

Pero no es Dios y teme cometer horribles crímenes al aplicar ciegamente las bárbaras e irracionales leyes hechas por la soberbia de los hombres cobardes. Quisiera no ser juez y vivir como su hermano arando y durmiendo.

—¿Usted fuma?

—Mil gracias.

—Encienda usted.

—Encienda usted.

—No, señor, no.

—Muchas gracias... Digo que hemos tenido suerte.

—Sí, sí.

—Ya ve usted, sólo vamos cuatro en un departamento de primera.

—Es verdad.

—Y, ¿va usted muy lejos?, aunque sea indiscreción.

—Usted mande. Voy a Enlace.

—Pero seguirá usted más allá.

—Sí, señor. Voy de juez a Villaruin.

—Que sea enhorabuena, señor mío. ¿Estaba usted antes?

—No, señor; me acaban de nombrar.

—Ya decía yo: es usted muy joven.

—Así, así.

—¡Qué bonita carrera! Son ustedes la primera figura en todas partes.

—Gracias.

—La verdad, la verdad solamente. Yo tengo un tío que es presidente de un tribunal de apelación. En mi familia hay mucha toga. Hasta yo mismo he sido muchas veces fiscal y defensor; y un asistente que tuve, y que después llegó a caporal, se aficionó tanto a estas cosas que hoy le tiene usted verdugo en una circunscripción.

—Pero...

—Perdone usted. Hoy los militares estamos de más porque nada se arregla a estacazos; todo lo arreglan ustedes.

—Todo, no.

—Tampoco nosotros arreglábamos nada, pero quiero decir que ustedes tienen la sartén por el mango.

—Nosotros estamos dentro de la sartén.

—No lo crea usted, señor mío. Mire usted, ésta, que es hija mía...

—A los pies de usted.

—Beso a usted la mano.

—Pues bien; ésta, como no ha visto en casa otra cosa, tiene delirio por los

cuerpos armados, y yo estoy por los civiles.

—Todos me gustan, papá.

—Ya lo creo; como que en todos hay capitanes generales, pero yo me muero por la justicia.

—Gracias, mil gracias.

—Y, diga usted, en ese pueblo adonde va usted, ¿hay algún crimen sobre el tapete?

—Creo que no.

—Vamos, será gente pacífica.

—Pacífica.

—Más vale así, porque estamos es unos tiempos que ya, ya. Pero, hombre, ¿ha visto usted ese crimen horrible de ayer?

—¿Dónde?

—En Granburgo. Yo lo he sabido por el novio de la criada, que es cargador y paisano del criminal.

—Pues, no sé nada.

—¡Una friolera! Un padre que ha cortado la cabeza a todos sus hijos para hacerse una botonadura.

—¡Qué atrocidad!

—Ésta no quiere que lo cuente porque se pone mala, pero yo se lo contaré a usted.

—Calla, papá, por amor de Dios; estamos en Ágape y yo quiero tomar café en la fonda de la estación.

—Vamos allá. Yo nunca contradigo a las mujeres, porque el valor se emplea con los hombres. Cuidado que mi esposa sabía que yo era un toro bravo, pero me dominaba. Lo confieso. Al menos tengo esa franqueza. Vamos allá, hija, vamos allá. ¿Ustedes gustan?

—Que aproveche.

Rodeado de sombras y silencio camina el tren rápidamente sobre los raíles, con regularidad pasmosa que hace más imponente su marcha. Tiende al viento su humeante cabellera de difuminadas puntas: llena de blanca luz el camino que busca, y deja tras sí rojo color como si caminase herido o fuese matando.

Antes hubiera sido una divinidad: hoy no hay Dios, porque ya hasta la justicia es hechura del hombre. Ese mismo monstruo de entrañas de fuego y tentáculos de acero vive sujeto a los raíles si quiere vivir y quiere marchar. Hasta el Rey y hasta el Papa están sujetos a las armónicas leyes sociales, o arriesgan, al desprenderse, marchar inertes al abismo de todas las negaciones.

El General se ha tumbado cuan largo es y ronca con estrépito.

La banqueta de enfrente está ocupada por la hija del General y el otro viajero; ambos tendidos a sus anchas y con los pies juntitos, sea por comodidad o por distracción.

Sólo queda en el departamento un asiento muy pequeño para un cura lleno de carnes y de vicios, pero suficiente para el sobrio ejecutor de la justicia en Villaruin.

Ya han pasado los escrúpulos de Licurgo; y ya se siente apto para ser justo. Las atenciones de que es objeto le prueban que un juez, aun siendo muy bruto, merece consideraciones de un general, aunque el general sea también muy bruto.

Recuerda a su tío, que es cura, y no conoce el Derecho canónico; a su padre, que no conoce las Ordenanzas de montes, y a su hermana, que nunca oyó nombrar las leyes suntuarias. Una sonrisa de conmiseración abre las comisuras de sus labios cuando la memoria lanza al entendimiento el recuerdo de Águeda, que seguirá lavando ropa y amasando pan y esperándole para ser su esposa.

Conviene en que una pasión de un niño no debe destruir el porvenir del hombre; que esos amoríos en que toman parte los astros y las flores son buenos para cantados por un poeta hambriento, pero no para ser sentidos

por quien es acreedor a la gratitud de la sociedad. Piensa en la hija del General y después en las hijas de todos los generales. Aspira a lograr una esposa rica o noble, pero siempre elegante, capaz para el fausto, *comme il faut*. ¿Y si no es honrada? Pues no la recibirán en su pueblo, pero la recibirán en la corte. Esto basta.

Nada: hay que ser severo, rígido. La gente de los villorrios es astuta y no he de dispensarles ninguna confianza...

El jefe espera que yo arregle la gestión judicial, y la arreglaré. La curia de Villaruin será gente cuca, pero yo les pondré las peras a cuarto... Necesito un crimen que me dé nombre, y si no lo encuentro lo inventaré. La prensa se ocupará de mí aunque me cueste los cuartos. Daré bombo al prefecto y de rechazo me daré bombo...

Mucha guardia rural, mucha, mucha... ¿Y a mí qué?...

La cuestión es medrar...

Ya sabes que Villaruin no está en Esparta.

Cuando Licurgo tomó posesión del juzgado ya tenía la vara de la justicia a lo largo de la faringe y del esófago.

Rodeáronle los caciques y arremetió contra los justos y los hombres de buena fe.

Destituyó a éste y al otro produciéndoles ira o hambre. Registró hogares, apresó mujeres, buscó mancebas para su jefe y domésticas para la ministra. Fue tan inhábil que jamás dio con ningún criminal, pero persiguió a todos los hombres honrados.

Un día quiso salir de Villaruin, y ni encontró quien quisiera permutar ni en el ministerio le hicieron caso.

Comprendieron los caciques que aquel juez sólo servía para cobrar su paga y le emplearon como objeto de sus groseras mofas.

Id hoy a Villaruin y veréis, al ocultarse el sol, un hombre joven, flaco, de rostro amarillento y ojos hundidos, que pasea solo por las afueras del pueblo. Nadie le saluda, todos hablan quedito cuando pasan a su lado, y todos le envían en silencio una maldición o un insulto. Húyenle las mozas

porque encausó a todos los zagales. Produce espanto a los niños, odio a los hombres y desprecio a los viejos.

Ése es Licurgo.

Licurgo, que no comprendió que para ser pillo es preciso ser astuto, y para ser buen juez es necesario ser bueno.

Don Pío de la Cruz

(Cura Párroco)

—¡Es un bandido!

— ¡Valiente Tenorio! ¡Pues no encuentra guapa a la hija del tío Perete!

—Y, ¿qué más?

—¡Más todavía!

—Y malicioso y murmurador. En mi casa ha dicho que Engracia no se parece a su padre.

—¡Hola! ¡Hola!

—Y luego, ¡vaya unas limosnas! Algún pedazo de pan o alguna moneda de dos cuartos.

—Como miserable, lo es.

—Así, que ya lo han resuelto los mayordomos de fábrica: mientras él sea cura no ve un cuarto, aunque se caiga a pedazos la iglesia.

—Bien hecho; para robar, a Sierra Laparda.

—¿Y eso de meterse en lo que no le importa? ¡Pues no le ha dicho a la mujer del Algarrobo que no le da la comunión si no se casa! ¿Qué tiene él que ver con que cada cual viva a su manera?

—Y después cobra dinero por casar.

—Eso no; a los arrepentidos no les cobra.

—Su misterio tendrá.

—Quien le entiende es el sacristán. El otro día le dijo: «Oiga usted, de lo

que caiga en los cepillos la mitad es para mí y de la otra pone usted las velas que le dé la gana».

—Así, así. Ese barrena es capaz de alzarse con el santo y la limosna.

—Mala suerte tenemos con los curas. El otro tenía consigo una real moza y decía que era su hermana.

—¡Valiente hermandad!

—Pero éste tiene una vieja que es su madre.

—Ya lo creo, para disimular mejor, y, sabe Dios, yo creo que ese hombre no ha tenido madre nunca.

—Es posible.

—Y dice que es licenciado en Teología.

—De presidio.

—Pero, señor, ¿cuándo ahorcarán a todos esos hombres?

—Cuando venga la gorda.

—Pues para que entre la gorda tienen que salir algunos flacos.

—Eso digo yo.

—Por mí que los matasen de hambre.

—Al menos al nuestro.

—Ése, ése por borracho.

—Por libertino.

—Por entrometido.

—Por tacaño.

—Por ladrón.

—Por beatería.

—Señores, ¿me permiten ustedes que haga una pregunta?

—Usted dirá.

—¿Qué sueldo tiene el padre cura?

—Pues tendrá quinientas pesetas.

—¿Al mes?

—No, señor; al año.

—¡Al año! Pues créanme ustedes; o ese señor es un santo o la religión no sirve para nada, porque cualquier burro de ustedes gasta al año mucho más.

Señor don Pío de la Cruz, cura de Villaruin.

Muy señor mío: Cuando leyó usted las líneas que anteceden, me calificó usted de hereje, calificación que no me hizo gracia, no tanto por el calificativo como por que no quiero que me califique usted.

Usted, señor mío, tiene clara inteligencia y buen talento y hubiera desempeñado cualquier profesión tan regularmente como desempeña la cura de almas en este pueblo. Se hizo usted sacerdote porque era usted pobre; y, desgraciadamente, la carrera eclesiástica es la más barata de todas.

Ha conseguido usted ese economato, que nunca tendrá en propiedad, porque los concursos no convienen ni al bolsillo de los obispos ni al prestigio del clero.

De todos modos, usted come, y yo le deseo buena digestión y buen apetito.

Hasta aquí es usted tan respetable como el carnicero del pueblo. Vamos adelante.

Si yo soy un hereje, tiene usted obligación de convertirme, pero no tiene usted derecho a insultarme.

Pero lo notable del caso es que yo soy católico ferviente porque hallo

perfecta la filosofía cristiana y muy acertadas las prácticas católicas. Además prefiero sentir a pensar, y las ceremonias del culto católico me hacen sentir de manera exquisita.

Lo malo que tiene el catolicismo es el clero, y en esto estamos conformes todos los humanos, incluso los curas.

Son ustedes tan brutos y usted singularmente, que al buen señor Longeye, que siempre escribe en defensa de nuestra religión, le ha cerrado usted las puertas de la iglesia, so pretexto de que el tal señor lee libros prohibidos. Y digo que le ha cerrado usted las puertas de la iglesia, porque sabe Longeye que en cuanto entre dentro del templo subirá usted al púlpito y pondrá como chupa de dómine al ilustre extranjero. El empecatado pueblo de Villaruin ni entiende a usted ni a Longeye, pero está dispuesto a reírse de cualquiera de los dos en cuanto encuentre ocasión propicia.

Valiera más que emplease usted su tiempo en tener limpia la iglesia, que bien lo merece, en sustituir imágenes, que por sus posiciones indecentes producen aficiones iconoclastas en el hombre culto; en corregir el amancebamiento que hace desgraciados muchos hogares de ese pueblo; en lograr que los ricos amen a los pobres, y éstos sean agradecidos con los ricos. Finalmente, emplee usted su tiempo en algo útil y no lo dedique usted a la envidia, la murmuración y la calumnia porque al llegar a este extremo es usted inferior al carnicero del pueblo.

Su afectísimo S. S., *Silverio Lanza*.

Aunque soy el autor de esta carta, que supo mal a don Pío, después he sido gran amigo del cura de Villaruin. Porque después me ilustré algo. Los curas nos sirven de constante disculpa para nuestras malas acciones, y no lo agradecemos.

Después de una noche de broma, si a las seis de la mañana nos hallamos un conocido en la calle, decimos con el mayor cinismo que nos vamos a confesar. Aseguramos que no tenemos libertad porque no quieren los curas. Esto es suponer que los sacerdotes son los encargados de darnos nuestro derecho. Fuéramos nosotros los más, y tuviéramos algo de valor, y poco podrían los curas contra nosotros.

Lo mismo decimos de la instrucción pública. También el clero tiene la

culpa de la ignorancia popular, y esto lo aseguramos después de haber pasado toda nuestra vida sin hojear un libro.

¡Sobre todo la confesión! Si cada esposo diese una paliza a su respectiva mujer cuando ésta fuese a confesarse, se emplearían en algo los librepensadores; sus esposas admirarían el desarrollo físico de sus maridos y tendrían los curas más tranquilidad. Porque, seguramente, en la confesión quien sale perdiendo es el infeliz sacerdote que ha de estar encajonado, sudando y oyendo paparruchas.

¿Y las amas? ¡Qué nos importan las amas de los curas! Allá se las arreglen los párrocos con los obispos. ¿O es que vamos a lanzar un anatema sobre el ejército porque un capitán no lleva el cuello de la camisa del tamaño prescrito por la Ordenanza? ¡Allá se las hayan los capitanes con los jefes de regimiento o con los jefes de plaza!

Nuestra ignorancia nos lleva a no distinguir entre el derecho canónico, la disciplina eclesiástica, la filosofía cristiana y la religión católica. Finalmente, si nos estorban los curas, asegurémosles su subsistencia si se hacen seglares. Éste es el camino más breve.

Dejando a un lado mi natural temor a las excomuniones, me atrevo a asegurar que no quedaría un cura para una misa. Porque hoy para ser cura se necesita tener mucha hambre.

Exceptúanse los vividores que sacan a los manteos miles de duros todos los años. Estos señores cobran más de siete reales diarios, y, por consiguiente, cobran más de lo que ganan, porque siete reales es el precio máximo del trabajo humano, que es lo que percibe un cavador cavando todo un día. Don Pío es joven y guapo. Usa gafas, que lleva siempre perfectamente limpias, y no le ocurre como a otros miopes que, aun con quevedos, no ven más allá de sus narices. Es licenciado en Ciencias y doctor en Derecho, y tiene una ilustración superior a la de muchos padrastrós de la Iglesia. Es aseado, extraordinariamente aseado, y mira con atención a las mozas que van limpias. Estas miradas enojan mucho a las casadas, porque a las casadas no las mira. El desgraciado párroco ha tenido la desgracia de ejercer en Villaruin donde se tiene horror a quien no ara. El sacristán saquea lo cepillos de la iglesia y las velas de los altares, e interviene maliciosamente en todos los oficios, con que don Pío apenas cobra algo más que su insignificante sueldo. Ha tropezado igualmente con el juez municipal, taberno borracho, cuya mujer está a malas con don Pío

porque no la deja sentarse en el presbiterio. De esta manera no se luce el reclinatorio de la señora jueza, y el agraviado marido pone en grave aprieto al cura cada vez que se celebra una boda.

Me parece bien que los jueces presencien la celebración de los matrimonios católicos; y me parece bien, entre otras razones, porque si me pareciese mal me expondría a ir a la cárcel. Pero la humildad del Pontífice me permite discutir con él, y digo que Su Santidad ha hecho mal en avenirse a semejante disposición. Porque el matrimonio católico es un sacramento de cuya celebración sólo puede dar fe quien lo administra, y una de dos, o el juez sólo ejerce el papel de testigo en su grado más insignificante, o si da fe es porque no puede ser engañado por el cura, en cuyo caso sirve para cura y desempeña funciones eclesiásticas desde el momento en que es inspector de los más característicos servicios sacerdotales.

Yo creo que sería más natural que el juez vistiese casulla, y después de decir misa casase a los novios con ayuda del acólito, que pudiera ser el alguacil o el secretario.

Siempre anda mal el mundo, y unas veces se mezcla el clero en lo que no le importa, y otras se hace el Estado sacristán. Ahora toca el turno a este error, y dentro de poco tiempo dirá un médico de hospital al practicante de una sala: «Si no produce efecto el sulfato de quinina, lleve usted la paciente a la sala de operaciones y le da usted la Unción con glicerina, para lo cual reducirá usted el Santo óleo por medio del ácido sulfúrico».

Día llegará en que diga la misa en el cuartel el capitán que esté de guardia.

La Iglesia tiene miedo a todo lo laico, y cae bajo el poder de un enemigo mayor, que es el ridículo. Los gobernantes tienen miedo a la Iglesia, y caen en un peligro mayor, el de desprestigiar las instituciones entre los gobernados.

Cuando yo decía estas o parecidas cosas a don Pío, empezaba el párroco a oírme con resignación. Mientras limpiaba sus gafas quedaban sus ojos entornados, y cuando volvía a colocarse el aparato óptico sobre sus narices me miraba con la insistencia con que solía hacerlo con las zagalas, como se mira un objeto completamente nuevo y extraño, o a un antiguo amigo a quien se recuerda confusamente tras larga ausencia.

Después me interrumpía bruscamente llamando a su madre para que echase una firma en el brasero, y venía la anciana con los brazos desnudos.

—Pero, madre, ¿estás lavando?

—Ya lo creo. En tanto que te pueda servir, no quiero que nadie te sirva, y cuando ya no pueda, te acordarás de que te he servido.

Cuya frase traslado a quien corresponda para su superior conocimiento.

Bienvenido González

(El inocente)

Apenas se sabe su apellido, y se le llama *el Inocente* porque en los pueblos hay gran afición a designarlo todo con su verdadero nombre. Esta afición influye en el canto y hasta en los gritos: pudiera llamarse una tendencia onomatópica del lenguaje.

A Bienvenido le confirmó una mujer, y las mujeres descubren los inocentes a mucha distancia.

Además, el mote no le hizo gracia al apodado, y por esto le duró el mote toda su vida.

Inocente está casado con una mujer completamente decidida a cumplir los mandamientos de la ley de Dios. Un día Inocente gritó a su mujer, y ésta creyó que debía callarse, y se calló. Inocente quedó satisfecho de su energía sin calcular que a tener su mujer peores humos él hubiera quedado debajo de la mesa.

Tenía Inocente hermosos ojos, pelo rizado y largo bigote negro; andaba bien erguido y con soltura, hacía versos bonitos y era seguramente el hombre más agradable y más tierno de todo Villaruin. Así se proporcionaba conquistas que terminaban en las eras en las noches de verano o en algún pajar en las noches de invierno. Inocente creyó que esto era un adorno de su persona, y empezó a referir sus éxitos; las conquistas continuaron, pero el Tenorio no observó que todas sus amadas eran gente de baja estofa que por tan ruin medio lograban dinero, grano o colocaciones lucrativas para los deudos de las *víctimas*.

Fue el héroe de la taberna, donde nunca había entrado un hombre tan culto como Inocente. Empleó su dinero y las delicadezas de su espíritu entre rufianes y perdidas, y llegó a creerse el amo de la canalla.

Quiso reanudar sus relaciones con una casada, garrida y amante de calzones, pero la pretendida, que contaba con la ayuda del sacristán, se

rió de Bienvenido y le llamó Inocente. Éste se desesperó de verse con mote: volviósele hiel el vino bebido, y juró ser el amo del pueblo, pero juró temerariamente. No pudo ser alcalde, ni juez de faldas y se contentó con ser concejal porque le eligieron por condescendencia sus verdaderos amigos, los que no iban a beber vino a la taberna del tío Cádiz.

Pasaron quince años, e Inocente se transformó. No brillaron sus ojos, volvióse rala su canosa cabellera, y anduvo jorobado y tropezando. Recordó que él solamente había tenido condiciones de amor patrio y de valor personal para haber sacado a Villaruin de su estado de decadencia. Vio a sus parientes pobres y a sus amigos maltratados por los caciques; puso su mano sobre la cruz y juró... nada, porque asomó una lágrima a sus ojos y dijo cuando ya hubo hallado una cita erudita que poder aplicar a aquel triste suceso:

—¡Ah, Inocente! ¡Llora como una mujer lo que no supiste conservar como hombre!

La familia Prada

Playne, hablando con Recarte, empezó a definir al general Prada.

—Ese bizarro General tiene por delante todos los agujeros de su cuerpo.

—¿De veras?

—Sí, señor. Nunca ha vuelto la espalda.

—Sin embargo...

Y el taimado obispo de La Ruta acabó la definición.

—El General cuando va a escribir se pasa la pluma por la cabeza.

—Será para engrasarla.

—No, señor; es para afilar los puntos.

Y así era don Rafael de la Prada. Un corazón valiente y con una cabeza dura.

El corazón le sirvió para ganarse los entorchados y el cariño de la señora de la Prada, la más hermosa mujer de todas las de su época. Y la cabeza le sirvió para perder los entorchados y hacer la desgracia de su esposa y de su hija. Y no la merecían tan encantadores seres.

Teresa, la señora, además de ser hermosísima, fue tan fiel a su marido que como diese a entender S. M. que había logrado los favores de la de Prada, replicó la reina:

—Ni yo soy tan fea ni la generala es tan loca. Y a Loreto le decía el General:

—Hija, cuando te veo me parece que estoy viendo a tu madre de quince años y con el pelo teñido.

—Rafael, no digas eso, porque a Loreto sólo le faltan tus bigotes para parecerse a ti cuando eras oficial de guardias imperiales.

—Porque tiene el pelo negro.

—Y yo lo tengo rubio.

—Por eso digo que si te hubieras teñido...

—Es que el rubio no te gusta.

—Antes era el único que me gustaba.

—Pero ahora...

—Ahora, Teresa, me gusta también el de Loreto.

—Ya, ya.

—Teresa, no seas así.

—Es que te conservas como de treinta años.

—Pero teniéndote a ti...

—Buen zalamero estás.

—Hija, ¿quién es más guapo, tu madre o yo?

—Mamá.

—¿Lo ves?

Y el General se levantaba envanecido y se marchaba a la orden orgulloso de su buena suerte.

Después, cuando quedaban solas las dos mujeres, Loreto decía a su madre:

—No te incomodes; he dicho eso para que papá se fuese contento, pero, ¡mira que papá es guapo!

—Y tú la más hermosa del mundo, vida mía. Y lo era efectivamente.

Con su cutis blanco y finísimo, que parecía cubrirle como el cristal al retrato dándole brillo y relieve. Con la rara majestad de su figura que se hacía más imponente, contemplando aquellos ojos rasgados y serenos y del mismo color que la sotana de un cura y la conciencia de un juez.

La familia Prada se estableció en Villaruin obligada por los acontecimientos políticos.

Dufroul y otros convencieron al general de que los asuntos públicos no prosperaban bajo la tutela de Su Majestad el Emperador; y como don Rafael, una vez convencido nunca se daba el trabajo de cambiar su opinión, ya no hubo modo de evitar que el General tomase por su cuenta la dirección de una de aquellas desgracias intencionadas que hicieron necesario el imperio aun para lo republicanos más fervientes.

¿Por qué fracasó la jornada del 9 de julio? Dios lo sabrá, si se ocupó de este suceso, pero la historia sigue ignorándolo. Mientras vivió La Prada se culpó del fracaso a éste y al otro, sobre todo a Dufroul, de quien decía el General que había estado tres cuartos de hora sin leer un telegrama, buscando la manera de dar jaque mate a un rey de boj. Cuando murió La Prada había hecho fracasar el movimiento por haberlo iniciado con media hora de anticipación.

Lo cierto es que La Prada se salvó porque tuvo suficiente serenidad para marcharse al Fóculo, haciendo el viaje en el exprés, sin desfigurarse el rostro, y entre viajeros cuya mayor parte le reconocieron perfectamente.

Durante la emigración del General, Teresa y Loreto se trasladaron a Villaruin para vivir con mayor economía.

Cuando don Rafael se convenció de que la fístula de que padecía era incurable, volvió con completa tranquilidad a tomar el exprés y se reunió en Villaruin con su familia.

La llegada del General fue un acontecimiento en el pueblo. Los curiosos querían enterarse del tamaño de un militar tan valiente. Bienvenido, que era el casero del General, organizó una partida dispuesta a defender la vida del gran patricio; y Licurgo preguntó a su jefe qué debía hacer en aquella circunstancia tan grave.

El jefe contestó que no se había enterado, pero que le convenía seguir enterándose.

Tres meses después el General estaba gravemente enfermo y sin recursos para curarse, y entonces solicitó el indulto.

Los republicanos aprovecharon la ocasión para llamarle traidor y cobarde, y el ministro contestó a don Rafael prometiendo servirle.

Pero antes que llegase el indulto llegó la muerte. Entonces se supo de una manera oficial que La Prada llevaba algunas semanas dentro del territorio del imperio.

Desde la muerte del General, empezó Licurgo a demostrar claramente su hostilidad hacia la familia Prada. Lo que hasta entonces y durante la ausencia de don Rafael sólo habían sido consejos amistosos, empezaron a ser verdaderas amenazas que tendían a obligar a doña Teresa a que se trasladase a Granburgo.

El padre Pío, más astuto que aquellas dos infelices mujeres, fue quien primero comprendió el fin que se proponía Licurgo, y advertida doña Teresa llegó de deducción en deducción a saber quién era el verdadero interesado en este asunto.

Claro es que yo no he de decir aquí quién era el sujeto en cuestión, pero es seguro que debía ser un grande miserable, y como no es posible grandeza alguna en un imperio donde todas las grandezas están encarnadas en la augusta persona del monarca, es lógico que no me atreva a calificar de grande a nadie que no sea Su Majestad.

No era Licurgo la única plaga que afligía a doña Teresa y su hija, aunque un juez como Licurgo sea plaga espantosa que no usó Faraón por ser desconocida en aquellos tiempos venturosos.

Sufrían también esa terrible enfermedad que se llama *hambre*, y que estudian poco los médicos sin duda porque los atacados de tan terrible mal no suelen estar en condiciones de pagar las visitas.

No trato con esto de molestar a los médicos, los grandes santos de mi devoción desde que me he convencido de que ellos son los únicos que empujan la humanidad por el camino del verdadero progreso. También hay

médicos que curan el hambre, y con mis piernas anda un individuo que de hambre hubiera muerto sin el caritativo socorro de un doctor, cuyo nombre no escribo para que nadie crea que el honrado viejo paga reclamos.

Conste que agradezco.

Y conste que aunque hay una restitución forzosa que se ejerce con el nombre de caridad, hay también una virtud que lleva el mismo nombre.

Y esta virtud la tenía Bienvenido el Inocente.

Y van ustedes a ver cómo aquel hombre del campo ejercía la caridad sin necesidad de limosnero, de ayuda de párroco, ni de espectáculos a beneficio de etc., etc.

Al siguiente mes de la muerte del General se pasaba el hambre los días y las noches haciendo compañía a la viuda y a la huérfana. Llegó el momento de pagar a Bienvenido el alquiler de la casa durante el año terminado, y la familia Prada vendió el tocador de Loreto al tío Levadura, distinguido panadero cuya hija iba tomando tufillos de marquesa mal educada. (Aunque esto parezca redundancia no lo es, porque me consta que existen algunas marquesas con educación).

La venta fue originalísima, porque Levadura usó en la compra del mueble todas las frases y las posturas que son de ritual cuando se compra un borrico en la feria.

Finalmente, el tocador desapareció de la alcoba de Loreto, y quedaron unas pocas monedas sobre el velador de la sala.

Levadura se marchó llevándose lo mercado, y madre e hija no se atrevieron a mirarse, ni mucho menos a tocar el dinero. Fuese Loreto hacia el jardín y doña Teresa a la cocina, y cuando, media hora después, se reunieron a comer sus sopitas de ajo, pretextó Loreto que habría de hallarlas calientes, y no hubiera entrado en la casa si doña Teresa, acercándose a la niña, no la hubiera preguntado:

—¿Estás mala?

—No; yo no, mamá.

Y se miraron, y abrazándose estrechamente rompieron a llorar con el

mayor desconsuelo.

—Debíamos haber vendido la consola.

—Es lo mismo, mamá.

Y tenía razón: era lo mismo. Porque no se llora la venta de un mueble, cuando se proyecta sustituir ventajosamente lo vendido. Sólo se llora con tanta amargura la pérdida de lo que no ha de sustituirse.

Por eso lloramos tanto la muerte de nuestra madre y la de nuestras primeras ilusiones de amor logrado.

Pero allí también se vertían lágrimas por el porvenir, por la desesperación que tardaría en llegar lo que tardasen los muebles en ser vendidos.

Bienvenido supo la venta del tocador, y presumió el resto.

No hay bondad ingénita, y si existe ni la tenía Bienvenido, porque lo primero que se le ocurrió es que la miseria de las de Prada podría facilitarle la conquista de doña Teresa, pero se le ocurrió después que si tal cosa hacía había de quedar forzosamente al nivel del juez Licurgo, y por orgullo empezó a ser bueno, que el orgullo sólo produce perversos en aquellos seres que sólo tienen orgullo de su perversidad.

Bienvenido dijo a doña Teresa que ya había cobrado del General, y suplicó a aquellas infelices que enseñasen a su esposa a hacer no sé qué labor. Y de esta manera todas las noches cenaba la familia Prada en casa de Bienvenido.

Y cuando la mujer del Inocente, celosa por estas distinciones, decía a su esposo:

—Mira, que no me la das.

Contestaba el ofendido:

—¿Por quién me has tomado? *Ego sum qui sum.*

La escena

Todos los lugares a que me refiero en este cuento los describí prolijamente en el Viaje de Villaruin a Granburgo.

Sin embargo, pudiera leer estas páginas quien no hubiese leído la obrita citada, y no creo impertinente dar idea del cementerio de Villaruin. En dicho pueblo están los muertos más altos que los vivos, y como el viento ordinario de la villa es el S. E., en cuyo rumbo está el camposanto, tiene la seguridad quien muere en Villaruin de que los vivos le han de oler después de muerto.

Pero no es éste el único lazo que une a los muertos con los vivos. Medianera con el cementerio está una huerta, cuyo pozo tiene una mina que atraviesa el archivo de la muerte a cuatro metros escasos de profundidad.

Los curas han demostrado que los responsos sirven para producir dinero, y la experiencia prueba en Villaruin que los difuntos producen buena verdura.

La huerta es propiedad del boticario del pueblo, el tío Acerico (llamado así por su afición a pedir alfileres a las solteras guapas), y la lleva en arrendamiento *Tres clavos*, veterinario y herrador, que no pone en las herraduras más clavos que los que indica el apodo.

Tres clavos ha resuelto el problema de tener guarda, jornalero y vendedor en una sola persona, y por poco coste, porque tiene al tío Casto para ejercer todos estos oficios, y el tío Casto es el sepulturero.

Es inútil ocultar que el azadón de la huerta es el mismo del cementerio. Esto no lo oculta el tío Casto, ni cuando está vendiendo verduras en la plaza niega que él nunca se lava las manos, pues lleva su ejemplar castidad hasta el extremo de evitar en lo posible el contacto de la carne de sus dedos. Aparte de su poco aseo y de su exagerado fervor religioso, el tío Casto es una maravilla por sus virtudes.

El camposanto tiene su capilla desmantelada y sucia. A un lado, un patio algo decente, donde se entierra a los ricos; y al otro lado, un corral que es bastante extenso para dar sepultura común a los pobres de espíritu que se avienen a morir pobres del todo.

En un rincón del corral grande está el depósito, sin más luz ni ventilación que la que le proporciona una ventana de un pie en cuadro, cuya madera está defendida por un crucero de hierro.

Detrás del cementerio hay un barranco extraordinariamente profundo, por cuyo fondo corren las aguas pluviales durante el invierno.

La gente de Villaruin también ha puesto nombre al barranco, y se le llama el Foso del Purgatorio. Las comadres convienen en que el alma que salta felizmente al otro lado del foso entra desde luego en la gloria eterna.

Nada más que sea pertinente recuerdo ahora acerca del cementerio de Villaruin, pero si el lector no se diese por satisfecho, tome el correo del Sur, saliendo de Granburgo, apéese en Enlace, tome la diligencia que nos trae aquí algo de cultura y mucho de vicio, y cuando llegue muérase, y así podrá enterarse hasta de lo del saltito.

¡Ah! Advierto que entre los vivos y los muertos de Villaruin no existen más relaciones que las que crean el viento, la mina del pozo, el azadón de la huerta y las manos del tío Casto.

La acción del drama

I

Cuando la diligencia que viene de Enlace, trayendo los viajeros de Granburgo, paró a las once de la mañana del 7 de noviembre delante de la taberna del tío Cáñamo, acababa Bienvenido de beberse la tercera copa de aguardiente con que lograba que su paladar desechase el sabor del vino consumido con el almuerzo.

Y cuando la diligencia paró, fue Bienvenido uno de los primeros en acercarse al coche buscando noticias de la capital del imperio.

—¿Me traes la bota?

—¿Has visto a mi hombre junto a los ventorros?

—Si no cogéis esto, no puedo bajar.

—¿Ha llovido por allí?

—Como acá. ¡Valiente polvo!

—Lo que está arriba que me lo lleven a casa.

—¿Puede usted decirme dónde vive el juez?

—¿Cuál?

—El de Delitos.

—Siga usted por ahí, todo derecho, y en llegando a una plaza toma usted a la izquierda, luego la primera calle a la derecha. Una casa colorada. No tiene pierde. Enfrente está el matadero.

—No sé si acertaré.

—Sí, hombre. Mire usted. Por ahí derecho.

—Ya, ya. Luego a la izquierda.

—Y después a la derecha... No tiene pierde.

—¿Y la viuda del general Prada, dónde vive?

—¿Del General Prada?

—Sí, señor.

—Pues, también. Pero por ahí no va usted a acertar. Hay que salir del pueblo por el Caño Gordo, seguir adelante, y... yo le acompañaré a usted.

—Primero tengo que ver al juez.

—Primero tomaremos una copa. Yo pago.

—Agradezco. ¿Aquí?

—Sí, señor. Aquí mismo. Por lo visto usted no es de este pueblo.

—No, señor.

—Pues ya verá usted qué vino.

—Tiene fama.

—Digo.

—¿De modo que esa viuda vive aquí?

—Yo no la conozco, pero se dónde vive. ¿Le gusta a usted el vinillo?

—Bueno, de veras.

—Si no lo ha catado usted. Vamos con otras.

—No, señor; tengo prisa.

—Entonces, nada. Pero otras copas poca espera piden. Yo pago.

—No es por eso.

—Ni yo quiero ofenderle. Ya sé yo que usted pagará otras después de éstas.

—Con mucho gusto.

—¿Usted ha sido militar?

—Sí, señor.

—¡Y que no se conoce! ¿De qué año?

—De la de treinta mil.

—La mía. Yo parezco más viejo por la vida que he llevado. Y ¿dónde estuvo usted?

—En el 7.º, que lo mandaba Laguardia.

—¡Vaya un hombre con alma... y tal! Pero, ¿usted estuvo en la toma de La Rastrojera?

—Eso que usted ha dicho. ¡Y que no había barro ni nada! A las cuatro de la tarde se rompió el fuego, y a las nueve estábamos dentro del pueblo y cenando lo que había.

—Pero, ¡usted es un héroe!

—Así, así.

—¿Y qué era usted entonces?

—Caporal.

—Pero no seguirá usted en la milicia.

—No, señor.

—Yo ya decía, porque ahora sería usted jefe de brigada.

—Santínés fue cabo conmigo.

—También con alma.

—Pero con suerte.

—Y usted la hubiera tenido.

—Yo no sirvo para ciertas cosas.

—Dice usted bien. El que sabe un oficio no es criado de nadie.

—Yo tengo un empleo.

—Vale más. Y siendo seguro...

—Eso, no.

—Mala cosa.

—Mientras dura...

—Así decía Laguardia. Andaremos mientras dura, y enseñaba al soldado una bota de media arroba que se bebía poco a poco.

—Era mucho hombre.

—¡Si hubiera cogido este vino!

—Ni que decir tiene.

—Pero, Cáñamo, saca una botella.

—Mire usted que tengo prisa.

—Hasta la noche no se puede usted ir, si es que viene usted para poco.

—Creo que sí.

—Pues entonces, aunque el juez aguarde a un valiente caporal, no se ha perdido nada.

—Por mí, que aguarde.

—Así me gustan los individuos. Ya decía yo que usted no era borrego aunque vistiese de lana.

—Gracias.

—Yo soy Bienvenido González, por mal nombre el Inocente.

—Pues no lo parece usted.

—Cosas de los pueblos. Hombre, si usted supiera de un destino para mí, me las guillaba.

—Aquello está muy malo.

—Pero yo veo que el que va se coloca.

—O no.

—Habrá de todo. Pero usted está colocado.

—Para lo que tengo.

—¿Hay queja?

—Digo. En cuanto se tome.

—Y, ¿no hay dónde rascar?

—Eso cree la gente, pero ni agua. Para este viaje me han dado lo justo, y lo que coma tendré que pagarlo.

—Eso, no, porque usted comerá conmigo y con franqueza. Mañana me convidará usted.

—Gracias.

—Sin gracias. Como amigos de toda la vida.

—Pues, gracias, otra vez.

—Y dale. Vaya, hombre, pues yo creí que tendría usted una prebenda.

—Ni menos. Y trabajando como un perro.

—Pues, ¿dónde está usted?

—A usted se lo voy a decir.

—A mí me dice usted lo que quiera o no me lo dice, y siempre tan amigos. Un hombre es un hombre.

—Lo sé.

—Y no hay que olvidarlo hablándose de nosotros.

—Pues estoy en el Cuerpo de Policía Gubernativa.

—Tanto mejor por si algún día viene usted a prenderme.

—No llegará ese caso.

—Ni Dios lo ha de querer, ni yo lo he de buscar.

—Así sea.

—Pues yo estaba en que eso daba de sí como la goma.

—Como la sogá de un ahorcado.

—Poco estirar es.

—Y siempre expuesto a ir a la calle. Anteayer tuve una cuestión con mi inspector correspondiente, y no hubo más porque el hombre se achicó.

—Pues, ojo, que la educación está en quien la tiene, pero la razón siempre está en el amo.

—Ya, ya, pero hay momentos...

—¿Y a quién no le pasa? ¿Bebe usted?

—Venga.

—¿Y ha venido usted con algo del cargo?

—Vengo en comisión especial.

—¡Valiente comisión que no alcanza para unas limpias!

—Pues así son todas.

—Pero, ¿por algún criminal?

—No lo sé.

—Vaya una manera de dar comisiones.

—Como siempre.

—Pues, muy mal hecho, porque cuando un hombre sabe distinguir, confía en quien lo merece como usted, pongo por caso, y da la instrucción debida y el hombre sabe adónde va y lo que ha de hacer.

—Si así fuera.

—Pero ahora no hay tal, ¿eh?

—Ni agua. Me llamaron hoy a las seis y media. Tome usted esta carta y a Villaruin. Se la da usted al juez, y quede usted a sus órdenes, y tome usted referencias de la viuda esa de ese General.

—Prada.

—La misma. Y se acabó.

—Nada, un mandato. Toma esta cesta, llévala, y de paso pregunta lo que cuestan los tomates.

—Lo que usted ha dicho.

—¡Y que eso se haga con un hombre que tendrá la medalla del Corazón!

—Que la tengo, y la de Benemérito, y la del Hijo del Emperador.

—Digo, ¿qué tal? Y esa carta, ¿se la han dado a usted cerrada?

—Sí, señor.

—Otra grosería.

—Ea.

—Así anda todo. Pues yo me miraría un poco.

—¿En qué?

—Se me ha ocurrido una idea. Y yo no fallo. Y.. vamos, que yo se la digo, porque usted me conoce y los amigos son para las ocasiones. No me interrumpa usted, amigo mío, hace mal, pero muy mal en no abrir esa carta... No me interrumpa usted.

—Primero la responsabilidad.

—Oiga usted.

—Y que a mí ni me va ni me viene.

—Lo creo. Pues, hombre, usted es más bueno que el pan de trigo. Conque, ni le va ni le viene.

—Me parece.

—Pues a mí no. Conque tiene usted una cuestión con el jefe, y se achica el jefe y ahora le envía a usted aquí con una carta para el juez... Me parece que va usted comprendiendo...

—No, si soy tonto...

—Ni parecerlo. Pero que un hombre necesita de otro hombre, y si yo no hablo...

—Quizá.

—Como el agua. Que ya estoy leyendo la carta. Muy señor mío; Al portador me lo tiene usted en la cárcel hasta nueva orden.

—¡Diantre!

—Sí, diantre, sí. Ya te darán para que te avispes.

—¿Y cómo se abre la carta?

—Eso digo yo. Por más que yo leería la carta, la rompería y diría que se me había perdido... o diría misa, porque hasta no ver lo que pone no hay nada que calcular.

—Y que es lo justo.

—Oiga usted, yo abro la carta mojando la goma del sobre, después se pega de nuevo y después se plancha.

—Por mí, al avío. Pero no la metamos, hay que tener paciencia.

—Cinco minutos.

—¿Y dónde?

—En la cocina de la taberna.

—Pero...

—No hay caso. Usted y yo solos. Quien da parte toca a menos. ¿Vamos?

—Vamos.

—Me llevaré la botella y la llenaremos allí dentro.

Cuando la carta salió de su cárcel el polizonte la leyó, miró a Bienvenido y guardándose pliego y sobre, dijo:

—No me perjudica. Luego la cerraré. Hasta luego.

Y quiso despedirse de Inocente que interceptada la puerta de la cocina.

—Y yo, ¿no la leo?

—¿Para qué?

—Si no me da usted esa carta le saco a usted las entrañas lo mismo que lo digo.

—¿A mí?

—No busque usted. Su revólver de usted lo tengo yo en mi bolsillo. Estoy muy interesado en el asunto ese, y véngase usted a buenas, porque a malas le cuesta a usted la vida.

—Pero este...

—Perdemos el tiempo. Deje usted la carta sobre esa mesa y váyase usted

a aquel rincón.

—Es que...

—Y no grite usted porque ya de todos modos está usted perdido. El polizonte reflexionó y obedeció.

La carta decía así:

«Sr. don Licurgo Redondo:

Muy señor mío y mi amigo particular: Se me ha denunciado que en esa villa está la señora doña Teresa Lasama, viuda de La Prada, siendo víctima de un verdadero secuestro. Díceseme igual mente que el secuestrador es un Bienvenido González, propietario de la finca que habita la referida señora. Vea usted qué hay de exacto en dicha denuncia, y de todos modos facilite usted la protección necesaria a la doña Teresa para que se traslade a esta corte, si juzga usted que no ha de gozar en esa villa la libertad que usted seguramente cuidará de conservar a todos sus administrados.

»Tengo el deber de manifestar a usted que estoy satisfecho del buen cumplimiento que ha dado a otros avisos míos, y le reitera con esta ocasión, etc., etc., *Fulano de Tal*».

Un alto personaje, porque sólo a un ser así puede convenirle que se oculte su nombre y se le llame Fulano de Tal.

—Pues, ahora, verá usted qué bien cerramos esta carta. La llevará usted a su destino, y como ya no es posible que coma usted conmigo, acepte usted estas monedas y quedamos en paz.

Cuando salgamos a la calle entregaré a usted su revólver, porque si allí me acomete usted no podrá usted disculparse. Además, ya sé yo que quedaremos amigos, porque usted en este asunto no tiene más molestia que el susto.

—Todo sea por Dios.

—Y por mí, hombre, que me ha hecho usted un gran favor.

—Más vale así.

Y, naturalmente, cuando el juez, acompañado de escribano y alguaciles, se presentó en casa de la generala, tenía la señora en su poder los recibos que demostraban que pagaba puntualmente a Bienvenido. Además aseguró a Licurgo que se encontraba muy bien en su casa y en el pueblo, y que no quería ir a Granburgo por no estar cerca de las fieras del jardín de Aclimatación.

Yo iba a comparar a Licurgo con un perro que huye llevando el rabo entre sus piernas, pero el agradecimiento que debo a algunos perros me impide hacer esta comparación.

Cuando el padre Pío salía aquella tarde de rezar el rosario en la iglesia se encontró con el juez. Pretendió éste eludir la acometida, pero el buen cura cortole el paso, y, encarándose con él, le dijo:

—Señor juez, ¿viene usted del campo?

—No, señor.

—Pues está usted lleno de polvo.

—Sí, sí.

—Quítese usted la ropa y que la sacudan.

—¿Por qué dice usted eso?

—Por nada, pero creo que no querrá usted que se la sacudan llevándola puesta.

Bienvenido, al acostarse aquella noche, se desnudó majestuosamente, contó a su esposa lo ocurrido, y añadió al terminar:

—Chica, *redata resfero*, porque yo ya sabes que *vitam impendere vesto*.

II

Siempre que me ocupo de estos asuntos, me asombro de que la humanidad crea cándidamente que ha resuelto algo emancipándose de la sotana y quedándose cogida entre los pliegues de la toga.

Natural era que convencidos los hombres de lo mal que hacen justicia, volviesen a usar las pruebas igualmente arbitrarias e irracionales del agua y del fuego o se hubiesen decidido por no hacer justicia, creando la costumbre de no delinquir como se ha creado la costumbre de robar.

No he conocido la Inquisición, pero me la figuro.

Los ergotistas aspirantes a curas con vistas a inquisidor, no serían más vanos, más inmorales ni más ignorantes que estos nuestros doctorcillos que visten afeminadamente con todas las ridiculeces de la última moda, miran por encima del hombro a quien no es abogado, discuten hasta con los ancianos caducos y emplean lo que llaman sus ocios en los más extravagantes vicios. Igualmente veo los inquisidores de antaño cuando contemplo los magistrados de nuestros días graves, circunspectos, vestidos con severidad, comprando fincas cuyo valor no es igual a la suma de los sueldos cobrados. Sujetos que enseñan orgullosos su biblioteca donde San Agustín y San Jerónimo han sido sustituidos por los tomos de la Novísima. Sujetos intachables que, esclavos de la justicia escrita, ven con tranquilidad cómo la absurda ley y el irracional procedimiento llenan los hogares de hambre y de luto, las cárceles de inocentes, los patíbulos de sangre y las sociedades de asesinos, ladrones y prostitutas.

Defienden su prebenda procurando ridiculizar el jurado, que es en nuestros días la única institución racional que puede producir positivos beneficios para la democracia.

Sacerdotes de la justicia, que no permiten que nadie les juzgue. Amigo lector: añade lo que pienses y comprendas que yo no puedo decir, y sigue adelante.

No sé quién mató a doña Teresa, si sería Dios o el médico, pero de

cualquier modo, el autor de aquella muerte hizo un grandísimo favor a la infeliz viuda, porque las persecuciones de Licurgo llegaron a ser tan insensatas que doña Teresa iba persuadiéndose de que moriría en la cárcel.

En aquella lucha entablada entre el juez y las dos mujeres, tenían éstas de su parte al cura y a Bienvenido, el resto del pueblo obedecía a la autoridad porque el número de los cobardes es infinitamente mayor que el de los tontos.

Vencieron los malos porque eran más que los buenos, y murió doña Teresa. El torero nunca pone el pie sobre la res muerta por el estoque. El asesino huye. El juez no se separa del cadáver del reo hasta que da fe de que la justicia se ha cumplido.

Licurgo pudo convencerse de que la generala estaba muerta. Entró en la alcoba por derecho propio, y Bienvenido, valiéndose de otro derecho que no está escrito, cogió al juez por un brazo, le plantó en la calle y le dio con la puerta en el sitio donde los demás llevamos las narices.

Pero enseguida llamó el juez en nombre de la autoridad y fue necesario abrir. Marchó Bienvenido a la cárcel acompañado por el alguacil: Loreto estaba desmayada; doña Teresa muerta, y Licurgo ordenó que el cadáver fuese trasladado al depósito inmediatamente.

Después, cuando sacaban a la muerta en unas asquerosas angarillas, la desolada huérfana se asía con ambas manos a la helada de su madre, y Licurgo, exasperado por su propia vergüenza, cogió a Loreto, y empujándola bruscamente, dijo:

—Usted no sale de aquí.

Abriéronse desmesuradamente los ojos del padre Pío, acercose al juez con ademán descompuesto, y luego murmuró entre dientes: «A su imagen y semejanza».

La pobre niña quedó acompañada por una vecina, que cansada de repetir las mismas vulgares palabras de consuelo se retiró pretextando que eran las nueve de la noche.

El señor cura se fue a su casa, vistiose una cazadora y un sombrero

ancho, echose en el bolsillo dinero y un revólver y salió a la calle.

El juez dejó un alguacil enfrente de la casa de Loreto con encargo de avisarle si ocurría algo de particular, y después, resignado y esclavo de su deber, comenzó a escribir al jefe, prometiéndole que al siguiente día iría Loreto camino de Granburgo.

La muerte siguió inmóvil en el depósito, pero yo creo que pasaría largo rato pensando en lo que hubiera oído, porque yo he entendido siempre que hay una sobrevida sostenida por el sistema nervioso. Creo en esto como en un gran consuelo, porque, seguramente, lo que se oye después de la muerte dará al muerto la síntesis que la sociedad hace de aquella vida que le consagró el difunto.

III

Y se acabó el llanto, porque hasta las lágrimas se acaban antes que la pena.

Siguió Loreto caída sobre el desvencijado catre, inmóvil y con los ojos abiertos. Abiertos como los tenía su madre muerta. ¡Qué infamia! No me han dejado que los cerrase. Habrá llegado al cementerio y se habrá visto allí, sola... sola, ¡sin su hija! Me estará maldiciendo ¡Madre, no, no! ¡No me maldigas, madre! ¡Qué infamia! Pero, ¿por qué?... Estará sola; estará a oscuras ¡Qué horror, Dios mío! ¡Allí toda la noche... sola! ¿Y mañana? No sé. La enterrarán... Pero, ¿es posible que entierren a mi madre? Y yo me quedaré viva... Yo viva... y sola... Yo viva... pero no estaré viva. Me moriré también. Si esto es, yo me moriré mañana. Y esa mujer se ha marchado... Era tarde. No, no es eso. Es que aquí ya no habrá día... Y la debíamos tanto... También es mala... Y todos... No está aquí... está allí, sola. Tendrá frío y tendrá miedo. Y yo aquí... también sola. Pero ese hombre, ¿por qué es tan malo? ¿Por qué hay malos?... Ésos no se mueren. ¿Y el señor cura? Temblaba cuando me cogió las manos... Ése es bueno... y nos quiere... Pero hoy miraba de un modo... Ése no tiene miedo... Dijo hasta luego... Luego... es después... será mañana... Vivir mañana... ¡Oh, no!... Si mamita viviera... pero no vive... Dicen que no vive. Y allí sola... como yo... Tendrá frío... yo también tengo frío.

Nerviosamente los brazos de Loreto se aproximaron al busto. Hubo un impulso inicial en el movimiento de aquel cuerpo que parecía inerte. Toda la desesperación del espíritu fue fuerza acumulada que súbitamente llevaron los nervios a los músculos, y aquel ser lanzose de un salto a la sala. Empleáronse los sentidos con actividad inusitada; moviose el corazón rápidamente, circuló la sangre produciendo calor de fiebre, y el organismo se apoderó de todas las actividades.

Viose aquel cuerpo solo y llenose de espanto. Prodújose la reacción, y con ella la decisión de luchar por la existencia, y Loreto abrió la puerta no sé cómo, corrió sin saber dónde y llegó a las tapias del cementerio, segura de hallar allí su defensa, de hallar la afirmación de la vida donde se guardan

los testimonios de la muerte, porque creía la inocente niña que una madre y un sepulcro serían respetables para los humanos.

El firmamento estaba cubierto a trechos de negras y recortadas nubes, conque la luz de la luna se ocultaba a intervalos, y ora producía espanto verse solo en medio de los campos desiertos, ora producía mayor terror considerarse solo en medio de la oscuridad.

Los álamos gigantes que rodeaban la noria de la vecina huerta parecían alzar hacia el cielo brazos secos pidiendo misericordia.

Aquel silencio parecía la negación absoluta y obstinada de todo ruido. Solamente se oían a lo lejos los ladridos de un perro, que parecían responder a los sollozos y a la jadeante respiración de Loreto. Y así aquel trozo de tierra llena de surcos trabajaba produciendo la germinación de las semillas, mientras de un lado descansaban los muertos vigilados por una niña, y del otro dormían defendidos por un perro.

La mujer y el perro: los más fieles guardianes y los más despreciados.

En vano Loreto empujó con sus diminutas manos los barrotes de hierro de la puerta. La puerta era firme y cumplía con la previsión que la había colocado. Por allí nadie podía pasar a robar las mortajas de los muertos.

Y no sé qué es más infame, si robar sus vestiduras a los difuntos o vestir lujosamente a los difuntos habiendo vivos en tristísima desnudez. Creció el deseo y se exageró el esfuerzo, pero al cabo llegó a ser el esfuerzo nulo cuando el deseo era irresistible. Entonces Loreto echose para medir la altura de la tapia y vio al padre Pío que cogiéndola de la mano decía:

—Por aquí, Loreto, por aquí.

—El padre; es extraño. Y, ¿a dónde se va por aquí? Ya lo sé. A ver a mamá. ¿Vestido así? Me da miedo... Ha venido antes que yo... a ver a mamá... A eso, sí; ¡qué bueno es!

Y juntos llegaron a la ventana del depósito. La luna iluminó aquella estancia, en cuyo centro estaba colocado el negro ataúd que encerraba los restos mortales de la generala. La tapa de la caja permanecía en el suelo, junto a la mesilla que sostenía el féretro. Se veía uno de los extremos de la blanca almohada, pero Loreto adivinó el resto. La imaginación dio a la

retina lo que a ésta no había sido sensible, y Loreto se agarró a los hierros de la reja, y gritó:

—¡Mamá, mamá! ¡Madre, oye, madre, madre!

Cubrió una nube el disco de la luna, sobrecogiose la niña, y siguió repitiendo muy quedito:

—Mamá, estoy aquí. Estamos juntas, mamá; no tengas miedo.

Don Pío sujetaba con su brazo izquierdo el talle de Loreto, completamente abandonada a aquel sustento, y con la mano derecha se asía a la reja para que de este modo pudiera la huérfana escudriñar la inmunda estancia.

Pasose así buen rato. La muerte mirando al techo sin poder mirar. Loreto mirando a su madre sin poderla ver. El cura mirando a Loreto, y, detrás de ellos, y oculto por el tronco de un árbol, el juez Licurgo contemplando aquella escena.

Cansose el vehemente justicia de ver más tiempo tales paparruchas, y dando con voz entera las buenas noches, entró en escena súbitamente. Irguiose Loreto, dio un paso atrás el señor cura, y todos comprendieron que en el combate que se iniciaba no habría cuartel para el vencido.

—¿Qué hace usted aquí, don Pío?

—Estoy..

—¿Echando responsos en ese traje, o cazando mozas?

—Nada de eso.

—Usted irá a la cárcel, custodiado por la Guardia rural, y esta señorita tendrá a bien venir conmigo hasta su casa, de donde no debe salir sin orden mía.

—Yo he cumplido con mi deber...

—Eso me lo dirá usted mañana en el juzgado. Y la señorita no se separará de mí hasta que llegue a su destino.

—¡Mi destino! ¿Cuál?... ¿Por qué?... ¿Adónde?... ¡Ah, sí, sí! ¡Qué infamia!

Y Loreto repuso con entereza:

—Nunca. Es usted un canalla.

—Repárese usted, señorita...

—Es usted un miserable.

—Yo soy una autoridad que...

—Usted es el asesino de mi padre y de mi madre, y quiere usted asesinarme también. Nunca.

—Me hago cargo de su estado de usted.

—Sí o no... Poco me importa. Usted no ha de separarme del lado de mi madre.

—Yo procuraré por la persuasión...

—Es inútil. Usted podrá obligarme, pero no persuadirme.

—Es que si fuese necesario...

—¿Qué haría usted?

—Me vería precisado...

—¿A qué?

—A emplear la violencia.

—¡Cobarde!

Y Loreto adelantó sus labios y escupió de lleno en el rostro del ejecutor de la justicia.

Sintiose Licurgo herido en su orgullo, ya que no en su dignidad, y agarró con fuerza un brazo de Loreto. Saltó el cura sobre el juez, echole mano al cuello y ambos rodaron por el suelo dándose puñadas.

Pretendía el juez valerse de su bastón de doradas borlas que, aunque es

insignia de la muerte, no es capaz de producirla, y el cura forcejeaba por llevar la mano hasta su revólver.

Enlazábanse aquellos cuerpos como se enlazan las serpientes en el caduceo. Teníanse o se encorvaban las piernas para no caer o para levantar el cuerpo caído, y en esta lucha el símbolo de la autoridad asalariada saltó hecho pedazos de la mano de Licurgo.

Cogió Loreto el trozo adornado de puño y borlas, sin darse cuenta del porqué de tal acción: acaso porque en su inocencia creía que tal temida insignia era digna de que se la recogiese del fango de una huerta.

Y siguió la lucha a brazo partido, buscando siempre ambos contendientes el acercar a su contrario al foso del Purgatorio.

Retumbaban los pechos cuando los cuerpos caían en tierra; crujían las ropas al ser desgarradas, y, aparte de esto, ni una palabra: los dientes apretados y los ojos enrojecidos buscando la presa en la oscuridad, cuando la luna se ocultaba para no presenciar tanta vergüenza.

Allí, al borde del abismo, la lucha fue más encarnizada. Viose el juez perdido y gritó ¡socorro! Perdió un esfuerzo al dar este grito y perdió ventaja, porque cuando se quiere vencer nunca se debe gritar.

Aprovechase el cura y lanzó las piernas del juez hacia el precipicio. Agarrose el justicia al cuello del cura, y éste hubiera seguido a su enemigo si Loreto no hubiera sujetado al sacerdote. Miraba éste al fondo del abismo sosteniendo con su cuello el cuerpo del juez, que pretendía alcanzar el borde del foso. Comprendió el padre Pío su situación crítica. Tuvo valor por primera vez en su vida para decir la verdad, y gritó cuanto pudo:

—Loreto, te amo, te amo.

Primero el asombro, luego la vergüenza, después el terror y al fin el asco. Y la mano de la niña que cogía la carne del presbítero alzose lentamente hacia el cielo mientras rodaban con estruendo al fondo del abismo los miserables representantes del Dios del infierno y del Dios del patíbulo.

Después, nada: ni un grito, ni un rayo de luz que dieran fe de la consumación del hecho. La muerte sin más acompañamiento que el silencio y la oscuridad.

Desvanecida Loreto cayó al suelo conservando en su mano el símbolo maltrecho de una justicia desnucada en compañía de un cura.

Todo volvió a sombría calma, y sólo a lo lejos, junto a las tapias extremas de Villaruin, ladraba tenazmente un perro, acaso porque su fino olfato le denunciaba que aún quedaban enemigos del vecindario después de muertos el juez y el cura.

IV

Mucho madruga el chico del sacristán para tocar el alba, pero más madruga el tío Casto cuando tiene entierro, porque lo que él dice:

—Cuanto más pronto despache la sepultura más tiempo me queda libre para vender en la plaza.

Así es que cuando apenas era sensible el nuevo día, ya estaba Casto tomándose el aguardiente.

Llegó al cementerio, abrió la puerta, atravesó el patio de los ricos, cogió el azadón recogido en un rincón de la capilla, fuese al gran corral de los pobres, buscó sitio, y dejando la herramienta sobre la tierra húmeda marchose al depósito.

Encendió la luz del farolillo, tan ayuno de aceite como hartos de telarañas, y aproximándole al abierto ataúd pensó.

—¡Pobre doña Teresa!, también le ha llegado el día de pagar su tributo. Cerró las maderas de la ventana y empezó su faena.

V

Cuando Loreto volvió de su desmayo era ya pleno día.

Su mirada incierta reflejaba el estado de su espíritu. Llegaron todos los recuerdos desde la memoria a la inteligencia. Rehizo ésta el pasado proceso y Loreto huyó aterrorizada de aquel sitio y corrió en busca de la reja confiando en que a la luz del sol podría ver mejor a su *mamita muerta*.

—Las ventanas cerradas... ¿Quién está ahí no estando yo?

Las empujó, pero no cedieron. No estaba el ánimo dispuesto a sufrir contrariedades. Miró en derredor buscando una piedra; vio el trozo de bastón en su mano y con él dio tan fuerte golpe que las maderas se abrieron.

Por primera vez sirvió aquel bastón para descubrir un delito.

Entró la luz del sol en aquella estancia y tras ella la mirada de Loreto. Las desnudas piernas del cadáver colgaban fuera de la caja. A su lado el sepulturero con los pantalones caídos miraba a Loreto como el farolillo al sol, asustado de verse tan mezquino.

Siguió Loreto mirando y apretando su rostro contra los hierros. Saltó el tío Casto con el puño levantado buscando la cabeza de la niña y ésta echose atrás, lanzó una vibrante carcajada y levantando sus ropas quedose mostrando al tío Casto los nítidos muslos de la hermosa doncella.

Volvió el sepulturero de su estupor. Saliose del cementerio y corrió tras Loreto que huyendo hacia Villaruin volvíase a intervalos para mostrar su vientre desnudo a aquel canalla que robaba a los muertos el pudor que no había sido presa de los vivos.

VI

Hoy sigue Loreto loca y recorriendo diariamente el camino que va de Villaruin el cementerio, y sigue en el pueblo porque nos hemos jurado unos cuantos llenar de curas y jueces el foso del Purgatorio si Loreto se ve molestanda por un cura o un juez.

Seremos unos bárbaros, pero las fieras se domestican a palos, porque son inferiores a los salvajes que sabían comprender la religión del Crucificado. Lo que no podemos evitar es que Loreto se levante sus ropas cuando algo le produce miedo. Esto divierte a la gente de este pueblo como divertiría a la de Granburgo. El más grosero sensualismo se ha apoderado de los humanos que, al cabo, no pueden encontrar más grato solaz para su perverso instinto.

Duerme Loreto en casa de Bienvenido y come en la mía.

Ayer estaba peinándola mi esposa, cuando de súbito me preguntó la loca niña.

—¿Por qué hay malos?

—Pues para que valgamos algo los buenos.

—Y, ¿por qué hay malos en Villaruin?

—Porque Villaruin está donde está.

—Y, ¿dónde está Villaruin?

—No sé, hija; pero te aseguro que Villaruin no está en Esparta.

A mi médico

Amigo mío: (Hasta que usted me mate hemos de ser amigos). A sus manos de usted envío esta carta, que prometo hacer corta, porque usted comprende más fácilmente que yo explico y porque me reservo los pleonasmos para ocasiones que no es del caso mencionar aquí.

Hace doce años que estudio con atención lo que se escribe acerca del delirio de las persecuciones, y como no puedo leer mucho ni logro sacar de mis lecturas todo el fruto que una mejor inteligencia podría obtener, es lo cierto que me hallo tan ignorante en este asunto como me hallaba hace doce años.

Después de dicho esto sería lo lógico y prudente no seguir hablando de tal materia, pero la costumbre establecida me obliga a dar a usted mi voto y mis consejos, que usted no aceptará seguramente, fundándose no más que en la circunstancia de que yo no soy médico. Circunstancia que, dicho sea por lo propicio de la ocasión, nos da a mi familia y a mí la dulce esperanza de vivir algunos años más.

Y a seguida va mi opinión.

Convengamos en que el delirio de las persecuciones debe ser tan antiguo como la humanidad, supuesto que en todos los Génesis ya se habla de persecuciones y de delirio.

El mal sigue haciendo estragos hasta tal punto, que en 1871 aseguraba Mr. Legrand que en París había 500 casos por año.

Doy por admitido que han resuelto ustedes todos los problemas patogénicos y patológicos que el mal puede presentar.

Admito que estarán también resueltos todos los problemas que aparecen en la clínica.

¿Le parece a usted que ya es hora de sintetizar y aplicar la síntesis en la higiene?

A mí me parece que sí, y sigo adelante. Es decir, sigo, pero sigo haciendo una digresión.

Verger mató a un arzobispo de París, y Galeote mató a un obispo de Madrid. Estos hechos son lamentables, como lo hubieran sido los asesinatos de Galeote y de Verger cometidos por los dichos sacerdotes, caso de que personas tan dignísimas (q. e. p. d.) hubieran sido capaces de molestar en lo más mínimo a los asesinos citados.

Convengamos en que Verger era víctima del delirio de las persecuciones. Repare usted que ya sólo me refiero a Francia, y aún seré más prudente generalizando el caso y suponiendo que al rey P. le mata el obrero Q. ¿Qué motivos tuvo Q. para cometer semejante acto?

¿Buscaba un fin político? No.

¿Realizaba una venganza de agravios personales? Tampoco.

El obrero no conocía al rey, y aprovechó un día de gran revista para tener la seguridad de que la agresión se verificaría indudablemente en el *ungido del Señor*.

El obrero declara que ha matado a Su Majestad porque éste pretendía que aquél fuera expulsado del taller. Nada más absurdo. Se procesa al regicida. Los médicos declaran que el reo padecía el delirio de las persecuciones. El docto informe influye en el criterio de los jueces, suponiendo que se deje influir, y el regicida no va al patíbulo. Declaro que al médico que logra tan envidiable victoria se le puede perdonar que equivoque alguna vez el tratamiento.

Pues ahora supongamos que cinco minutos antes de la hora en que se verificó el regicidio, el rey P. hubiera cortado la cabeza al obrero Q. ¿Qué motivos tenía para cometer tal barbarie? Ninguno. El rey alega que se le había metido debajo de la corona que aquel obrero proyectaba asesinarle.

Convendremos también en que el rey padecía del delirio de las persecuciones.

Pero usted y yo, que, en este caso, estamos en el secreto, sabemos muy bien que si Su Majestad no hubiera andado listo le hubiera ido muy mal. De ningún modo se debe llamar loco a quien, con tan extraordinario acierto

se libra de la muerte.

Si aquí el rey aparece como un loco que se cree perseguido es porque existe un obrero que persigue locamente.

Este estudio es el que no se hace.

Sin razón alguna yo digo que usted es ladrón, y la noticia cunde entre sus amigos de usted. Ninguno de éstos se da públicamente por enterado, pero usted, con sus exquisitas delicadeza e inteligencia, nota que va siendo objeto de extrañas desconfianzas. Su prevención de usted justifica las prevenciones que contra usted se tienen. El mal aumenta, y usted aparece ante los ojos del extraño como un atacado del delirio de las persecuciones. Un día da usted un garrotazo a un guardia de Orden público porque retiró su sable al acercarse usted, y entonces todos convenimos en que debe usted ir a un manicomio.

Nada más extraño que las soñadas persecuciones de que se creen víctimas muchos infelices, pero aún son más asombrosas las persecuciones que emprenden seres más irracionales que locos.

Por todas partes se oyen los calificativos más groseros aplicados a personas muy respetables.

La murmuración como medio y la calumnia como fin son necesarias a esta miserable sociedad cuyos individuos no hallan otro consuelo para el triste convencimiento de su propia insignificancia.

Sueñan los poderosos con ser más poderosos todavía, y no hallan mejor medio para lograr sus fines que anular a los que ya son desgraciados. Ríome de la herencia con todo el respeto con que yo suelo reírme. De igual modo me río (con mesura de ciertas causas como el alcoholismo y otras que, tras naturales fenómenos fisiológicos llegan a producir la locura). Es cierto, y después también la parálisis en todos sus grados y formas. Pero me río de que todas esas causas sean originarias del delito de las persecuciones, porque creo en mi conciencia que si se fuesen a analizar todos los casos de tal locura, veríase que son enfermedades producidas por el tratamiento, por el bárbaro tratamiento de la persecución con que los humanos pretenden curarse sus afecciones morbosas.

Es necesario que al aparecer un atacado del delirio de las persecuciones

se procese a toda la humanidad para saber quién fue el perseguidor. Es muy agradable salvar la vida de un hombre declarándole irresponsable, pero es más justo hacer sentir la pena al responsable efectivo.

Yo, hablando de mí, puedo asegurar a usted que ya padecería el delirio de las persecuciones si tuviera afición a ocuparme de mi persona. Terminada la larga digresión vuelvo al tema y... Pero no vuelvo al tema porque prometí hacer corta esta carta y me he habituado a cumplir mis promesas.

En ésta su casa, todos estamos buenos; conque no se moleste usted viniendo a visitarnos que ya tendré yo la satisfacción de pasar a saludarle. Soy siempre su afectísimo amigo seguro servidor y cliente Q. B. S. M.,
Silverio Lanza.

Silverio Lanza



Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa (Madrid, 1856-Getafe, 1912), más conocido por su seudónimo Silverio Lanza, fue un escritor español.

Hijo de una familia acaudalada, ingresó en la Marina, abandonando muy pronto su profesión para dedicarse a la actividad de escritor, mientras realizaba frecuentes viajes a Madrid para ver a su familia y amigos.

Asistió a la tertulia literaria del Café Madrid, a homenajes y conferencias, al Palacio de la Bolsa y viajaba a Barcelona, Valencia y a sus posesiones agrícolas en Bujalance. Criticó el caciquismo en "Ni en la vida ni en la muerte" y fue procesado. Para Rubén Darío fue «un cuentista muy original», con Segundo Serrano Poncela considerándolo años más tarde «un raro». Residió en Getafe? desde 1887 hasta su muerte. Falleció el 30 de abril de 1912 en su domicilio getafense.

Su primera obra, "El año triste" (1880), originó un gran impacto en el ambiente literario y fue considerada como una de las publicaciones más importantes de ese año. Poseedor de un estilo muy moderno, de un insólito sentido del humor y de gran agudeza crítica, cultivó la novela naturalista en "Mala cuna y mala fosa" (1883), "Ni en la vida ni en la muerte" (1890), "Artuña" (1893) y "La rendición de Santiago" (1907). Otros título incluyen "Cuentecitos sin importancia" (1888), "Cuentos políticos" (1890), la novela autobiográfica "Desde la quilla hasta el tope" (1891) y "Antropocultura". Quizá sea esta última la obra más importante de su producción y en la que mejor reflejó su pensamiento.

Sus obras suscitaron la admiración de los jóvenes escritores de la generación del 98, como Baroja, Azorín, Maeztu y, sobre todo, de Ramón Gómez de la Serna, quien editó sus obras en 1918. Como gesto de agradecimiento a los autores que le admiraban, escribió "Cuentos para mis amigos" (1892), relato corto que destaca por su comicidad.